



VI

EL ESTADO, EL PAIS Y EL PUEBLO.

Si el Estado, como alguno lo ha definido, «es aquel modo de *ser* y de *estar* territorialmente ordenada la población humana constituída, formando cooperaciones universales, merced al lazo, primero material y al fin moral y psíquico, que la simpatía [una base entre otras de la sociabilidad] sostiene y perfecciona,» la sociedad política, la nación mexicana dista, poco seguramente, pero algo todavía, de constituir un Estado perfecto, según las indicaciones que dejamos hechas y vamos á ampliar en seguida; sin que con ello desconozcamos, antes bien reconocemos implícitamente, y de una vez para siempre lo declaramos ahora expresamente en este lugar, que, como afirman los autores de la obra *México contemporáneo*, es admirable el progreso y prodigioso el adelan-

tamiento realizado en México en los últimos años y que no se ha interrumpido después de la publicación de ese libro (1889). Con ellos repetimos que «no se alcanza á ver ramo alguno de la Administración pública, ni organismo del cuerpo social, ni fuente de producción ó de riqueza, ni interés material ó moral—en México—que no haya sido objeto de solícita atención y desvelos constantes.»

No es óbice proclamar esto muy alto, para que ofuscados por el brillo de las glorias alcanzadas, no veamos lo que resta por hacer, material y moralmente, y sobre todo en la magna labor, á que en definitiva se dirigen los notables esfuerzos que tantos bienes han derramado sobre el país, de constituir definitivamente un solo pueblo, bajo formas democráticas amplias y fuertes, de tal modo que su Estado político pueda concurrir, en la medida que le corresponde, á la armonía de la vida humana universal.

Por más que según afirma el afamado publicista mexicano D. Vicente Riva Palacio, «en los últimos años de la Dominación española, el pueblo mexicano, á pesar de no ser un pueblo independiente, era ya un pueblo con las mismas propiedades de todos los pueblos, como el radio del círculo tenía ya todas sus propiedades matemáticas antes de haberse trazado la primera circunferencia»; esto no puede aceptarse de una manera absoluta. ¿Por qué?

Por lo ya expuesto y, principalmente, por esto que, con su claridad y elegancia habituales de estilo, expone el mismo Sr. Riva Palacio: «Como en el hombre la existencia de los dos hemisferios cerebrales igualmente aptos para sentir y para pensar independiente ó coordinadamente, teniendo cada uno de ellos semejantes centros kinestésicos, produce las dudas, las luchas, las vacilaciones y hasta el mismo extravío mental, por la dualidad de la conciencia tan mal comprendida y tan poco estudiada hasta hoy; así en la raza mexicana los opuestos caracteres que guarda como producto de la herencia de dos distintas razas, da origen á movimientos inexplicables de otra manera en ese pueblo, y lo hace presentarse revistiendo las heroicas virtudes patrióticas de Cuauhtemoc ó de los compañeros de Pelayo, ó lo lleva en otros períodos al abyecto sufrimiento de que ofreció ejemplo la mayor parte de la raza indígena durante los tres siglos de la dominación española; sólo la ley del atavismo puede dar la clave de esos complicados problemas de la política en México, y en los cuales con los mismos factores se obtienen resultados enteramente contrarios. Una vez dominados por la fuerza de las armas los pueblos conquistados, el temor de mayores males les hizo aparentar también mayor resignación con su suerte; este disimulo con el transcurso de los años y de las generaciones convirtiéndose por la adaptación en

un caracter de raza, y este carácter, profundamente arraigado ya, ha sido y es la más grave de las dificultades con que ha tropezado el pueblo mexicano para su organización política, porque la raza indígena presenta siempre una resistencia pasiva para entrar de lleno en el movimiento social y político de toda la nación, conservando como un rasgo hereditario la desconfianza y el fondo de tristeza de las tribus vencidas. Las individualidades que han podido por la educación abstraerse de ese medio, han figurado en la historia política de la República Mexicana ventajosamente, indicando que la solución del problema social para amalgamar y asimilar las tendencias y los esfuerzos de todos los nacidos en México, depende sólo del cruzamiento y del acierto en la instrucción y en la educación pública, viniendo á probar que si México, después de conquistada su independencia, no es una nación tan poderosa como debiera serlo, eso depende no más de la enorme cantidad de energía y de fuerzas perdidas ó inútiles por la falta de esos auxiliares sociales que aún no forman una parte verdaderamente homogénea con el resto del pueblo.»

Ya hemos indicado algo con relación al elemento cuantitativo de la población en México. Actualmente el grupo meztizo es el más importante; pues representa el 43 por ciento del total, al paso que el indígena, que le sigue en importancia, representa el 38, y el europeo é

hispano americano, solo el 19. Lo más importante de la nación como clases cultas, en plenitud de civilización, está constituido por el grupo ménos numeroso de los europeos é hispano-americanos, con una parte de los mestizos y algunos individuos de raza indígena pura; ofreciendo el grupo de los mestizos más bien las tendencias del europeo que las del indígena, el cual ó resulta un tipo degenerado, viviendo en las ciudades ó cerca de ellas; ó solo vive en el campo ó en las montañas, siendo astuto, disimulado, terco, valiente, sobrio y resistente; sin contar á los Comanches y los Apaches del Norte ni á los Mayas del Sur, tribus salvajes, crueles, pérfidas y refractarias á la civilización. ¿No prueba esta sencilla exposición de los diversos elementos de aquella población que, acaso en la mitad de su número, no puede propiamente ser llamado pueblo mexicano?

Pasemos á la estructura geográfica. Si nos fijamos en la variedad de condiciones del suelo y de los climas, encontraremos una nueva causa de retardo en la formación social definitiva del pueblo mexicano. La elevación del terreno en casi toda su superficie y las diferencias de climas desde el más cálido al más frío, desde el ardiente de los trópicos, en sus playas, hasta el glacial, en las cumbres de sus altas montañas; con una flora rica en extremo y prodigiosamente variada hasta el punto de que no haya país alguno ni en el nuevo ni el en viejo

continente cuya flora revista caracteres tan generales; y con una fauna, como dice el señor Zayas Enriquez, muy curiosa é importante, pues aunque en los Mamíferos no aparezca tan rica y original como las regiones de Africa ó de Asias, en cambio iguala quizás á cualquiera de ellas en los Reptiles y de seguro supera á todas en las Aves; no puede ponerse en duda que, dada la variedad extraordinaria y excepcional del medio físico, los caracteres de los moradores, en lo físico y aún en lo moral, tienen que diferir ostensiblemente, siendo bastante difícil de establecer la unidad del pueblo que con tan variados elementos se forma.

Y la dificultad crece cuando se considera la grandísima extensión territorial que hace á México, según observa el mismo Sr. Zayas, dos veces y media mayor que Suecia y Noruega, tres que Austria, tres y media que el Imperio Alemán, tres y tres cuartos que Francia, cuatro que España, seis y un tercio que las Islas Británicas, seis y dos tercios que Italia, doce que Turquía, veintiuna y un tercio que Portugal, treinta y una que Grecia, cuarenta y ocho y media que Suiza, cincuenta y cuatro que Dinamarca, sesenta y dos que Holanda y setenta y una que Bélgica. Por la extensión del territorio sólo le superan Rusia en Europa, y en América, los Estados Unidos, el Canadá, el Brasil y Buenos Aires. Esa extensión es de 1.987,063 miriáreas, en la cual sólo hay una población

de 11.502,583 habitantes, de modo que la densidad absoluta de la población es [sólo de cinco habitantes y una fracción por cada miriárea. La densidad relativa es muy desigual: en el gran centro, en el Distrito federal, es de 379 habitantes por kilómetro cuadrado; y en el Estado que más, el de Tlaxcala, de 37.90; teniendo 36.29, el de México; 35.45, el de Morelos; 30.98 el de Guanajato; menos de 30 y más de 20 los de Hidalgo, Puebla y Querétaro; menos de 20 y más de 10, Aguascalientes, Jalisco, Michoacan, Oaxaca y Veracruz, y menos de 10 los restantes; no faltando alguno con menos de uno: Sonora, que sólo tiene 0.79. Aún cuenta menos el territorio de Baja California, que no registra más que 0.22.

En cambio, la complejidad política de la población es considerable; tanto como en cualquier otro país civilizado; más, si se atiende á que, como país nuevo, viene á sumársele un nuevo elemento, el de la inmigración extranjera, que, sin duda, irá en aumento cada día; pues como dice muy bien el Sr. Zayas, «el clima, la feracidad de la tierra, la riqueza de las minas, la facilidad de transporte, lo hospitalario del pueblo, lo sabio de las leyes, la respetabilidad del Gobierno, la solidez de la paz, la seguridad de los campos, todo hace de nuestro país la tierra que, por el momento, se muestra más propicia á la inmigración, y á la hora que estas verdades penetren en la conciencia de los eu-

ropeos este será el país de promisión, donde hallarán cuanto en su misma patria les niega una suerte avara y llena de perfidia.»

No podría negarse que hoy existe un pueblo en México, pero este pueblo no comprende toda la población ni aún quizá la mayor parte de ella, aunque sí la mejor; su integración, lo repetimos, no es cumplida; y lo que le resta por hacer para conseguirla, si bien poco tal vez en comparación á lo hecho, es todavía mucho en sí mismo, y no la obra, de fijo, de ésta ni de la próximo venidera generación. Mientras no sean totalmente vencidas las rémoras con que tropezó la difusión de la instrucción pública, y sobretudo la primaria, gratuita y obligatoria establecida en la mayoría, si nó en todos los Estados que constituyen la Federación, rémoras tales como las grandes distancias en los campos, la apatía de la raza indígena y la existencia en ésta de cincuenta y cinco idiomas diferentes, según el Dr. D. Antonio Peñafiel, que obstan gravemente á la cultura uniforme y al progreso general de esa raza; mientras acontezca esto, será muy difícil, á todas luces, sumar esos elementos á la sociedad mexicana y á su Estado político, incorporándolos á su pueblo.

Por lo demás, la cohesión de la población, en la parte integrada ya como verdadero pueblo, no es cumplida tampoco. Para el fanatismo religioso de muchos sectarios del pasado, la

patria es cosa secundaria; el triunfo de sus ideales, si pueden denominarse así sus miras anacrónicas, sus liberticidas ansias de retroceso, lo colocan por encima de la nacionalidad misma. ¿No fueron ellos los principales cómplices de la intervención napoleónica? ¿No han guardado la actitud hosca y agresiva de la fiera acosada, desde la definitiva victoria de la República y la Democracia, desfogando su impotente rabia por medio de una prensa procaz? ¿Qué harían en el desgraciado evento, por fortuna imposible, de una nueva intrusión del extranjero en el territorio ó en el Gobierno nacional?

